

Raquel Forner*

Gyulia Kosice

Estas cosas que voy a decir son muy ciertas ¿Pero cómo decirlas Raquel? A mí siempre me interesó cerrar más que abrir juicios.

Nuestras respuestas al hecho artístico han seguido una suerte de oposición simétrica y nuestros centros o tangentes de gravitación son distintos. Sin embargo, no puedo menos que sentirme felizmente sobresaltado al analizar mi propio desconcierto. Tal vez por estar incorporados a la vida –no a la memoria o a una forzada hidroaleación– lo que nos une es el seguir luchando y prolongando ciertas interrogaciones.

Si pienso en función de prólogo para tu exposición en Bonino, dirigido a los demás en tercera persona –oficio de críticos y comentaristas–, elijo esta casi conversación para poder detenerme en tu obra maestra “El viaje sin retorno” que más allá de lo descriptivo es una equivalencia de tu ser. Para afirmar que la estructura fundamental de tu espíritu, con sus imágenes, aceleraciones y vehemencias intuitivas e instintivas, no han interceptado tu biología personal, tu anterioridad pictórica. Y así como otros se harán eco de tus cuadros sobre la guerra española 1936-39, y de la guerra mundial contra el fascismo, prefiero señalar tu exceso para expresarte y el saber hacerlo en alta voz. Yo diría entonces, que tu pintura es aguda e intencional, vibrante y fantástica. Sí, porque veo junto a una activa fundación simbólica una involuntaria sanción cósmica.

Ayer me decías a propósito del gran cuadro del que hablamos, que fue concebido en dos planos, emocional e intelectual. Situado en esa tensión motriz y pendular, el “Viaje sin retorno” es la resultante del choque emocional a raíz de la pérdida del ser querido, y por otra parte, el viaje sin retorno de la humanidad a partir de su experiencia espacial y la conquista de nuevos mundos. Dentro de ese contexto se desarrolla “La Partida y el Adiós”, “El Mensaje”, con esta sigla que es toda una profesión de fe: $L + A = V$, lucha más amor igual vida; $L - A = M$; lucha menos amor igual muerte.

“Astronauta Laberinto”, incógnita de su ubicación en el cosmos. “Lucha Astrofauna”, que señala al hombre y la humanidad en su combate contra las fuerzas desconocidas. “Integración”, nueva forma de vida, ruptura y final integración a otro conocimiento. “El Recuerdo”, en oposición al tiempo y simultáneamente fusionado a él, “Amor”, astropájaro con una cabeza, “Pasión”, astropájaro nacido del diálogo y latiendo con dos cabezas.

* Prólogo para el catálogo de la muestra *Raquel Forner. El viaje sin retorno* en la Galería Bonino, Buenos Aires, 1965. Cortesía del Museo Kosice, Buenos Aires.

Cómo logramos percibir aquí, toda la desesperada ternura por Alfredo Bigatti, el amor por el compañero desaparecido. Hoy me gustaría preguntarle que piensa de esta frase de Aragón: “la mujer es el porvenir del hombre”.

Estoy convencido que será necesario re-conocer tu pintura, que nos llega entrañablemente como una revelación esperada. Inexplicable tal vez, es cierto misticismo de un orden indeterminado que anima tu obra. Pero creo que es una manera de asombrarte de tu época y amplificarla. Tu búsqueda ya es un testimonio de victoria, aún reconociendo que los virajes brutales de las tendencias artísticas han dislocado el equilibrio entre la meditación y la acción. Todos tus planteos plásticos son significantes socialmente. Tanto tu realismo como tu abstracción han desencadenado la imaginación societaria, en la medida que desde lo particular, y tu contorno argentino, lo proyectás con mucha rienda suelta a lo universal.

“El viaje sin retorno” (implícito regreso?), ha sobrepasado el desencantamiento porque no tiene necesidad de ilusiones, está más allá de la decepción pues de él emana un fervor concéntrico. Yo diría que es un desquite de la antimateria.

Más que asumir la dramática singularidad y la estremecida angustia de tu pintura de los años 1936-1956, tu privilegio es haber elegido no caer en el pecado del historicismo a perpetuidad y estar en la línea de partida cada vez que comenzás a pintar.

Estás frecuentando la soledad, pero lo hacés con brío, como si buscando, caminando y corriendo estuvieras a punto de levantar vuelo como tu astropájaro bicéfalo; cuando tomás los pinceles empapados en **tus** blancos, negros, ocre, azules, verdes, rojos, amarillos, **tus** colores, y, ya en vuelo, tu inspiración es taladrante, la lucha titánica, la sed insaciable. Tu universo caído y levantado a pulso no te pesa, y tus planteos teóricos más que el “de dónde venimos, a dónde vamos” es trocado por el “qué hacemos de nosotros mismos, de los seres que amamos, de nuestro quehacer planetario”. Y entonces, brota tu flora y se despeza tu fauna cósmica, y brillan y alunizan la serie de tus lunas, y cobran vida tus astroseres y astronautas. En la libertad encuentran su orquestación vital y, curiosamente, aunque preanuncies con avidez otras dimensiones, ellas están plasmadas sin nostalgia de porvenir, pero sí de una furiosa convivencia.

Me detengo. Releo hasta aquí, y es inútil. Para hablar de tus obras, en principio habría que desvincular el arte de su propia religión, retorcer el cuello a la semántica, endiosar palabras que tengan su justa recompensa y una riqueza endiablada. Palabras que sean útiles para saltar las vallas resbaladizas del absurdo, palabras simples que sirvan para perpetrar milagros. A falta de ellas, Raquel, tu obra está con nosotros. En nosotros.